dijo Honorato con severidad, pues tengo observaciones bastante delicadas que haceros respecto á ella.

La marquesa viuda y su nuera se quedaron estupefactas cuando Honorato, con los labios apretados y tono en extremo severo, las dijo:

—He creido hasta hoy que la señorita Enriqueta de Villepreux, mi hija, estaba en seguridad bajo la custodia de su madre y de su abuela..... Parece que me equivocado, pues en la fiesta que dió la señora de Vauchelles, mi hija habló mucho tiempo á solas con ese jóven Renaud, de quien no hemos vuelto á oir hablar dasde que le pedimos informes de su familia.

Es preciso ser más previsores y tener siempre el ojo avizor. En cuanto á mi hija, si bien su juventud y su poca experiencia permiten disculpar la escapatoria que hizo ayer, yéndose en secreto á casa de la pequeña Florimont, que le habia preparado una entrevista con Juan Renaud, este es un motivo más para que la vigilen, y para impedir que cometa nuevas imprudencias..... Vigilad, señoras!

XI.

INDECISIONES.

Cuatro dias despues de estos incidentes, Saturnino Baradoux se estaba paseando por la galeria que encerraba los más preciosos objetos artísticos de su coleccion.

A veces se paraba delante de un bronce de Luis XVI, y decia:

—Este grupo es muy bonito; pero dentro de un mes los tendré más lindos aún.

O se detenia enfrente de un espejo de la época del Renacimiento, exclamando:

—Es una alhaja; me han ofrecido mucho dinero por él; mas dentro de un mes podré comprar el que está en la tienda de antigüedades de la calle de Laffitte, que vale dos veces más.

Y discurriendo así se entretenia mirando los indicados objetos, campanillas, cerraduras, abanicos, etc.

—Eres muy bonito, amigo, decia á cada uno de ellos; pero dentro de un mes tendré otros que valdrán más que tú.

Cuando el prestamista se cansó de pasar su

revista, se sentó delante de la mesa de dessacho, y hojeó un legajo de papeles.

—Dentro de un mes, dijo, se hallará todo esto arreglado. Estarán saldadas las antiguas cuentas del marqués de Villepreux, pagados tambien los sesenta mil francos que le he adelantado para comprar el coche, el caballo de tiro y el de montar del condesito..... Percibiré la cuantiosa comision que me ha ofrecido Dickson..... quedará á su vez solventado el negocio de seguros, conjurándose por lo tanto, el peligro en que se encuentra el marqués de quebrar fraudulentamente. Estas soluciones serán para mi bastante provechosas, y me pondrán en circunstancias favorables de reunir una coleccion sin rival..... ¡Y quién habia de creer que todo eso depende de unos amoríos!

El señor Baradoux hubiera debido pensar al mismo tiempo que las cosas que tienen bases tan poco sólidas, pueden desvanecerse; pero abrigaba completa confianza, y si se decia que todos aquellos asuntos estarian concluidos en el espacio de un mes, es porque no dudaba de que para entonces Federico de Villepreux seria el marido de Edith Dickson. Y si aquella noche el banquero gozaba con tales pensamientos, era porque mistress Dickson daba una gran *soirée*, en la cual Edith apareceria deslumbradora, y todos los interesados

en el casamiento que se proyectaba, el americano, su mujer y el marqués de Villepreux, esperaban que, animado Federico por el baile, confesaria su amor á la jóven americana.

El señor de Baradoux vestido ya, no esperaba para ir á la avenida del bosque de Boulogne, más que la llegada del espía que le contaba diariamente cuanto pasaba en el palacio de Villepreux.

Al marqués le habia sorprendido en extremo, cuando Baradoux le dió á conocer las condiciones de Dickson, la exactitud de los informes del banquero en todo lo que le concernia; mas hubiera tenido la explicacion de tal misterio, si hubiese asistido á la siguiente escena.

Baradoux empezaba á impacientarse cuando sonó la campanilla.

Abrió él mismo la puerta, porque no queriendo que aquellas entrevistas tuviesen testigos, habia á prevencion dado permiso á su criado para irse de paseo.

El individuo que entró, era Polidoro Cuepin.

El digno criado de Honorato de Villepreux le hacia traicion siempre que la ocasion se presentaba, desde que los negocios de su señor empezaron á salir mal. El marqués, no teniendo dinero y viéndose obligado á recurrir á ciertos artificios para procurárselo, habia su-

primido forzosamente las recompensas que daba antes á Cuepin, y Honorato seguia creyendo que su *factotum* le permanecia fiel, porque nunca le habló de marcharse ni se manifestó disgustado.

Aquel sirviente truan encontró pronto una compensacion entre los diferentes hombres de negocios que explotaban al marqués, ó más bien, su nombre y su título. En el número de éstos, Baradoux ocupaba el primer lugar.

Generalmente, Cuepin no se presentaba más que una vez al mes en casa del banquero para hacerle una reseña sintética de los incidentes que ocurrian en casa de los Villepreux; pero desde que el negocio Dickson estaba sobre el tapete, iba dos ó tres veces por semana, y siempre Baradoux le regalaba cincuenta ó cien francos, segun la importancia de las noticias que le suministraba.

Aquella noche el criado se presentó, manifestando en su semblante gran alegría.

—¿Puedo hablar?—preguntó.

—Sí; estamos solos.

El criado soltó una carcajada.

—¡Ah, señor Baradoux! Cuando me acuerdo de la cara que han puesto las dos marquesas y el jóven, en el momento de dirigirles el márques una filípica respecto á la señorita Enriqueta, no puedo ménos de reirme.

Sabia él que ambas señoras de Villepreux

le aborrecian, le despreciaban y que varias veces habian pedido á Honorato que le despidiera; así es que las odiaba furiosamente y se alegraba de sus sufrimientos.

—Bueno, Bueno,—dijo Baradoux, que tenia prisa—ya me habeis referido esa escena. No tengo tiempo que perder: ¿qué hay de nuevo?

Cuepin tenia al banquero por un bribon de órden superior y le respetaba, por cuyo motivo adoptó un aire más conveniente, y respondió:

—En cuanto á hechos salientes, poca cosa, don Saturnino; pero respecto á lo que se refiere á los sentimientos, á lo que entra en el dominio de la ética, como dicen los filósofos, algo interesante.

Este pícaro se preciaba un tanto de literato y hasta pretendía que para conocer mejor á su amo habia consagrado ratos al estudio de la psicologia.

—¡Pues bien, señor Cuepin! ¿qué habeis notado que pertenezca al órden psicológico?

—Primer punto—dijo con importancia el criado—el señor marqués ha recibido ayer cartas amenazadoras de algunos accionistas de su Compañia de Seguros.....

—Ya sé, ya sé—interrumpió Baradoux—esas cartas han sido escritas por consejo mio. ¿Qué efecto han producido?

—Al principio algun susto, señor. Dichas cartas hablaban de bancarrota fraudulenta, de abusos de confianza; unas de ellas hasta ponia la palabra "estafa." En fin, expresiones que no gusta oir ni aun cuando vayan dirigidas al prójimo. El señor marqués se sintió turbado; pero no por mucho tiempo; leí yo dichas cartas mientras estuvo en su tocador... Cuando salió de allí, las quemó y su carta tomó la expresión que le es habitual, más era fácil adivinar su pensamiento. "Mis imbéciles acreedores se servirán tener paciencia, pues dentro de un mes mi Federico me habrá desembarazado de ellos."

—¿Y su hijo, señor Cuepin?

—Está muy triste, muy triste. Creedme, quiere más de lo que se imoginan á la hija del notario.....

El ayuda de cámara pronunció la palabra "notario" con un desdén que indicaba la poca simpatía que le despertaba el depositario de la fé pública.

—¿Pero no ha concluido todavía eso? preguntó Baradoux.

—No, señor; estas relaciones son las que más peligros ofrecen..... Es preciso que os hagais cargo de que son amigos desde la niñez.

—Sin embargo, ¿no la habrá vuelto á ver?

—Desde el dia de la escena con el padre, no señor. Pero el conde sufre mucho, no duerme y con mucha frecuencia se encier su hermana para hablar de sus amores..... ¡Son tan desgraciados ambos!

—¿Y Juan Renaud?

—¡Oh! ese, dijo Cuepin con sorna, os he dicho desde el primer dia que no nos estorbará ya. No ha vuelto á dar señales de vida. Cuando se es lo que él, nadie se atreve á amar á una señorita de Villepreux. El señor marqués bastante se lo dió á conocer en su carta; pues es preciso confesar que la escribió con mano maestra.

—No bableis con tanta seguridad, Cuepin, pues me figuro yo que si algun peligro ha de presentarse en contra de nuestros proyectos, ha de venir por este lado. Vigilad algo la calle del Sentier para qne sepamos lo que allí ocurre; os lo he dicho ya otra vez, y habeis hecho mal en no seguir mis indicaciones.

—Está bien, señor Baradoux; pero si os sirve de algo mi opinion, os afirmo que en cuanto esté restablecida, la señora Renaud se irá á vivir con su hijo al último rincon de alguna provincia. El jóven sabe forzosamente hoy que es un bastardo y se cree demasiado humillado.

—Olvidáis que tiene para apoyarle y darle valor, á su digno amigo el conde de Brettecourt.

Este nombre hizo palidecer al criado; pero dijo encogiéndose de hombros:

—El señor de Brettecourt es el último á quien ese Juan Renaud confesaria la verdad respecto á su nacimiento.

—Teneis razon en parte, Cuepin; pero es menester preverlo todo; vigilad la calle del Sentier. ¿El marqués y su hijo están siempre unidos?

—¡Como los dedos de la mano! No se separan un minuto, lo que ocasiona muchas lágrimas á ambas marquesas. Por la mañana van juntos al Bosque; almuerzan en el círculo y no se les ve hasta la noche. Aquellas veladas son una verdadera comedia. La anciana aparenta dignidad, su nuera siempre está á punto de llorar; los jóvenes se esfuerzan en sacar conversaciones que se hagan generales, sin conseguirlo, y el señor marqués está tan tranquilo..... tan tranquilo..... que á nadie que se le cuente, creeria que tan villana é indigna ha sido su conducta.

—¿Ninguna novedad hay en cuanto al señor ó á la señorita Florimont?

—Ninguna. Esto es lo que ha hecho doblegarse á la marquesa viuda, pues no tiene ya quien la aconseje..... y luego se encuentra muy abatida desde que el marqués la ha dicho que no sabe vigilar á su nieta..... Este ha sido el golpe mortal..... ¡Cuánto temblaban ambas ante el apóstrofe tan severo que las dirigió el señor marqués!..... "Es preciso impedir que mi hija cometa nuevas imprudencias. ¡Vigilad, señoras!" Nada podian responder; tuvieron que inclinar la cabeza, y el marqués es de nuevo el amo. Hé aquí, señor Baradoux, el resultado de mis observaciones.

—Han rehusado las señoritas asistir á la *soirée* de mistress Dickson?

—El señor marqués no ha vuelto á hablar de ello hace lo ménos cuatro dias; esperará probablemente á que el señorito Federico esté comprometido, y entonces éste será el que pida á las marquesas que vayan á ver á su futura familia.

—Eso es más cuerdo, en efecto.

Baradoux sacó dos billetes de Banco de cien francos cada uno y se los entregó á Cuepin; que se retiró encantado, porque las gratificaciones del banquero nunca habian alcanzado esta cifra.

Llegado que hubo á la calle, el criado se puso á reflexionar; pero ya no se acordaba ni de Baradoux, ni de Florimont, ni de miss Edith, ni de nadie.

Se preguntaba sancillamente:

—¿A dónde paseré la noche?

Cuepin llevaba en sí mismo el castigo de todas sus villanías: era jugador y jugador con desgracia. Sumas relativamente considerables

habian pasado por sus manos desde los primeros diez mil francos que le habia entregado Honorato en cambio de su complicidad, y todo lo habia consumido en el juego. No tenia ningun amorío, pues eran sus únicas pasiones el juego y el placer de hacer daño al prójimo. Conocia, naturalmente, todos los garitos de Paris y se preguntaba á cuál de ellos iria aquella noche á solicitar los favores de la fortuna con los doscientos francos que le habia dado Baradoux.

—Tengo tiempo, se decia; el señor marqués y su hijo no volverán hasta las tres ó las cuatro de la mañana. Quiero probar una nueva combinacion, en la que estoy pensando desde ayer.

Como la mayor parte de los jugadores, tenia la manía de preparar, cada vez que perdia, combinaciones que creia siembre infalibles.

Acabó por irse á una casa de la avenida de Wagram, en la que los criados y sobre todo los cocheros, dejan por lo regular su soldada; pasó allí la mayor parte de la noche y, como siempre, salió sin un céntimo.

El honrado banquero Saturnino Baradoux permaneció todavía en su casa una media hora, reflexionando sobre lo que le habia contado Cuepin.

—Es evidente, se decia, que el negocio marcha. Las extravagancias del notario han

hecho imposible toda reconciliacion entre ambas familias. Seria menester, pues, alguna complicacion imprevista para echar abajo mi magnífico plan.

Dió una última ojeada á su traje, y despues, alegre y satisfecho, se fué á casa de Dickson.

Cuando llegó, la fiesta estaba ya muy animada.

Siguiendo la costumbre parisiense. la americana habia invitado tres veces más gente de la que cabia en sus salones, así es que con gran trabajo se pudo hacer que entraran los concurrentes en el salon de confianza, en el comedor y hasta en la antesala para que se pudiera bailar siquiera en dos salones.

La jóven miss Edith estaba deslumbradora. Vestida con un traje de batista de seda, color de rosa, muy poco escotado, con sus magníficos cabellos recogidos en una sola trenza que caia sobre la nuca, no ostentando más alhajas que una pulsera de oro con una magnífica perla y por pendientes dos grupos de pequeños diamantes colgados de un hilo de oro que parecian gotas de rocío; era verdaderamente la reina del baile.

Su tocado habia sido objeto de sérias conferencias entre ella, su madre, su padre y Baradoux. Dickson hubiera querido cargarla de brillantes; su mujer deseaba que se pusiera un

traje encarnado; pero la opinión de Baradoux habia prevalecido y su vestido era sencillo y elegante, pues Edith habia aprobado y comprendido el pensamiento del banquero.

La jóven americana empezaba á sentir alguna impaciencia porque Federico aún no se habia presentado. Todos los jóvenes se apiñaban á su alrrededor; disputándose la honra de ser su pareja; é inscribia su nombre en un librito de marfil con un lápiz de oro incrustado con perlas; pero ocultaba el librito entre sus manos, con el fin de que nadie viera los sitios en blanco que de antemano tenia reservados para el conde de Villepreux.

El marqués y su hijo llegaron al fin, y cuando entraron, se produjo ese movimiento que anuncia siempre la llegada de invitados cuya presencia es deseada.

Honorato aparecía radiante; su primera mirada fué para miss Edith.

—Vaya—dijo—mi hijo no podrá quejarse.

Federico estaba muy pálido y algo nervioso.

Su padre le habia dicho al bajar del coche.

—Querido, de tí depende ser antes de un mes el dueño de esta finca.

Era la primera vez que el marqués le hablaba con claridad de aquel casamiento de que dependia su honra.

Honorato habló algunos instantes del modo más respetuoso con mistress Dickson, pues

desde la llegada del americano tuvo que dejar de cortejarla, como lo hacia antes. El señor Dickson no tenia las apariencias de un marido complaciente. Además el marqués se hallaba demasiado preocupado para pensar en el amor.

Saludó cordialmente al señor Dickson y se reunió despues con Baradoux, que apoyado en el quicio de una puerta le llamaba con un gesto imperceptible.

El banquero le llevó consigo á un terrado que rodea el hotel y escogió en él un sitio bastante apartado para que nadie pudiera sorprender su conversación.

—¡Vamos, señor marqués! ¿qué me decís?

—A mí me toca preguntaros si teneis algo nuevo que decirme. ¿Habeis visto *á esa gente?*

—¡Cáspita! Con qué desdén tratáis á las personas que con una sola palabra puede ocasionaros los más sérios disgustos.....

—Por eso confío completamente en vos, querido amigo, dijo el morqués con gran amabilidad.—Creo firmemente que nada harán sin vuestro permiso.

Saturnino Baradoux era asaz ducho en el arte de vivir, para dejarse envanecer por un cumplido; se encogió de hombros y repuso:

—He visto hoy á vuestros tres principales acreedores; los he tranquilizado y esperarán.

—¿Cuánto tiempo?

—Quieren una respuesta definitiva mañana.....

—¡Bah! ¡bah! no deben de estrecharme de este modo..... Su interés mismo les manda esperar.

—Si las cosas marchan bien, me encargo de que tengan paciencia; pero es de sentir que las señoras marquesas no os hayan acompañado para asistir á esta *soirée*.

—Ha sabido disculparlas sin comprometer nada, replicó el marqués, y mi hijo obtendrá de ellas, pidiéndoselo con cariño, lo que yo no conseguiria nunca.

—¿Y qué hay de cesion del palacio de la calle de San Dominique?

—Ya se arreglará eso, os lo aseguro. Desde hace ocho dias todo lo he trastornado en mi casa.

—¿Y el conde de Villepreux? preguntó Baradoux con cierta ansiedad.

—Miradle.

Por la ancha ventana del salon, medio abierta, podian ver á miss Edith bailando por segunda vez con Federico.

Para casi todos los invitados era un casamiento ya hecho y se hablaba de él en voz baja.

Edith estaba realmente seductora y encontraba á Federico más hermoso todavía bajo su palidez; pues la emocion que en él notaba, no

podia en ningun modo desagradarla á causa de imaginarse ser ella quien la producia.

Poco á poco pasó de la indiferencia en aceptarle por esposo á experimentar un sentimiento que se parecia más bien á un capricho, á un deseo, que al verdadero amor; pero que era el máximum de lo que podia sentir el corazon de aquella egoista muchacha. Ya no se decia como al principio:

—¡Lo mismo me da uno que otro, y como este es el designado!.....

Era feliz, y sobre todo, se hallaba lisonjeada por la eleccion de sus padres y de Baradoux.

Como persona práctica, estaba satisfecha de que su marido desendiera de una ilustre familia; su padre, auxiliado por el banquero, se habia instruido bien en la historia de los Villepreux; estaba encantado de sus blasones y rogó con insistencia á Baradoux que entrase en relaciones con los actuales propietarios de la quinta de Angoville, para adquirirla. El americano tenia ideas generosas y previendo la resistencia que haría la marquesa viuda, para ceder su palacio de la calle de San Dominique, esperaba seducirla ofreciendo á su yerno el antiguo dominio de su familia.

Se sentía verdaderamente emocionado y no quitaba la vista á Federico cuando bailaba con

su hija, procurando adivinar las palabras que la decia:

El condesito se mostraba amable; pero nada más. Edith no lo extrañaba, creyendo que el jóven se contenía ante la consideracion de la multitud que les rodeaba y pensaba que al dejar de bailar, y durante el concierto, se llevaria á su pareja al jardin para darle ocasion de declararla su amor.

Cuando llegó este momento, Federico se hallaba al lado de miss Edith.

—Venid, le dijo, pues necesito respirar el aire libre; acompañadme.

Y le presentó un rico abrigo de seda que se hallaba como por casualidad al alcance de su mano y se dejó envolver en él. Miraba al jóven con mucha dulzura. Sobrecogido Federico por el encanto que se desprendia de aquella hermosa niña, la sonrió y alegremente bajaron al jardin.

La noche estaba bastante fresca; miss Edith, apoyándose con fuerza en el brazo del conde, se le acercaba bastante, como para excitarle á pronunciar esa palabra, síntesis de grandes encantos, que une á dos séres para siempre.

Pasearon en silencio.

—Vacila, se decia la jóven.

Y así era en efecto. Hacía algunos dias que el sistema nervioso de Federico se hallaba muy excitado. Comprendia que su padre le

empujaba con todas sus fuerzas para que aceptase aquel casamiento y ni su madre ni su abuela se atrevian á luchar contra la influencia del marqués; él tampoco osaba pensar en su graciosa Luisa, pues la ruptura entre las dos familias era absoluta, definitiva; la anciana marquesa estaba indignada por el modo de proceder del notorio. Este pensamiento acompañaba sin cesar al jóven.

—¿Por qué obstinarme en amar á Luisa, puesto que su padre no me la dará nunca por esposa?

Y se acordaba entónces de la hermosa americana, que estaba pronta á aceptarle por marido.

En aquel momento sentía que el corazon de Edith latía con violencia.

Casándose con ella podria devolver á su familia su antiguo esplendor; no era para él para quien deseaba la fortuna, sino para los suyos.

Y luego, quién sabe si sacrificándose él, no llegaria á obtener el consentimiento de su padre para el enlace de su hermana con Juan Renaud.

Iba tal vez á declararse á miss Edith, cuando una frase musical llamó poderosamente su atencion.

Algunos artistas de la Opera—Dickson obraba como gran señor—habian ido para el

concierto, y en aquel instante dos de los principales cantaban el hermoso dúo del cuarto acto de *La Africana*, aquel en que Vasco de Gama se deja seducir por el amor de la reina, que ántes fué su esclava y que acaba de salvarle. Sabido es que en el momento en que el sacerdote va á unirlos, Vasco, marchando cubierto con el mismo velo que la reina Selika, crée oir la dulce voz de su prometida Inés, cantando una cancion de la infancia, y que se detiene preguntándose si no está soñando.....

Al oir estas palabras:

"Adios, dulce ribera....." Federico se inclinaba hácia Edith.....

Mas se irguió de repente y escuchó; pero no era la voz de la cantante la que oía; veía como en sueños á Luisilla, á su dulce amiga de la niñez, á la que adoraba y por quien era intensamente amado.

La declaracion de amor que iba á hacer á la americana no salió de sus labios.

XII.

TRABAJOS DE ZAPA.

El general Brettecourt gozaba muy poco del reposo á que tenia derecho durante su licencia.

Muchos de sus antiguos compañeros que agradablemente sorprendidos al verle en París le invitaron á comer ó pasar con ellos una velada, recibieron todos la misma respuesta:

—No tengo tiempo.

El baron y la baronesa de Vauchelles eran los únicos que conseguian verle y muy de tarde en tarde.

Se levantaba muy temprano y se ponia á trabajar; despues iba al ministerio de la Guerra, en donde pasaba parte del dia; luego se marchaba á casa de María Renaud, á la que consagraba toda la tarde, esperando con paciencia los momentos en que Juan los dejaba solos para hablar tranquilamente con ella.

Despues se encaminaba á casa de Florimont, en donde se encaminaba alguna que otra vez.

Y al dia siguiente repetía lo mismo, repar-